

Viaje por España (1862) ⁽¹⁾

por el Barón Ch. Davillier

Traducción de «MARTIN DE ANGUIOZAR» (2)

Las Provincias Vascongadas.—Los Fueros.—Los Vascos son los más antiguos hidalgos de España.—Las casas solares.—Algunas palabras sobre el idioma vasco.—Cómo el diablo no llegó nunca a aprenderlo.—Pretendidas analogias con otras lenguas.—Opinión de Humboldt.—Las obras vascas del P. Larramendi.

Después de haber dejado la estación de Miranda se sigue durante algún tiempo el Zadorra, río de cauce profundo y rápido, uno de los afluentes del Ebro. Desde ciertas curvas de la vía percibimos las cumbres angulosas de la Sierra de Oca, que se dibujan sobre el cielo en rasgones abigarrados; cruzamos las estaciones de Manzanos y de Nanclares, y pronto llegamos a Vitoria. Desde hace ya algún tiempo el país es más fértil y más riente; aquí y allá, casas de campo con muros blancos tienen aspecto de bienestar y limpieza; acabamos de dejar Castilla la Vieja para entrar en las Provincias Vascas.

Se da el nombre de *Provincias Vascongadas*, y a veces simplemente el de *Provincias* (3) a las tres de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya, que ocupan la mayor parte de la comarca montañosa del noroeste de la Península y representan poco más o menos a la antigua *Cantabria* (3). No hay quizás país en Europa que haya conservado con tanta pureza sus viejas tradiciones de raza, carácter y lengua. Esos

(1) *Voyage en Espagne par le baron Ch. Davillier* (1862). Publicado en *Le Tour du Monde, Nouveau Journal des Voyages. Librairie Hachette et Cie. Paris, Boulevard Saint-Germain, 79.* Londres, *King William Street, Strand.* 1873. (Nota del Traductor).

(2) Nos permitimos traducir de esta extensa obra tan solo lo referente al País Vasco (N. del T.).

(3) El original escribe literal y en letra bastardilla (N. del T.).

intrépidos montañeses, que supieron resistir con éxito a Romanos, Godos y Arabes, han sido siempre celosos de su independencia y de su libertad; disfrutaban desde hace siglos de ciertos derechos o prerrogativas —*los fueros* (3)—, que han hecho también que se dé a su país el nombre de *provincias exentas* (3). Uno de los principales privilegios de los Vascos. es el de no estar sometidos como los demás Españoles a la *quinta o contribución de sangre* (3), es decir a la conscripción: cada *partido* o distrito recluta sus tercios (3), que no pueden ser llamados a servir fuera de su provincia. Las Provincias Vascas se hallan también exentas de ciertos derechos de aduana; y así, los viajeros que penetran en Castilla por Miranda, por ejemplo, están sujetos a nueva visita.

Se pretende que los Vascos creen todos ser hidalgos (3), y los más puros, los más antiguos *caballeros* (3) de España. «Como los pueblos de Vizcaya y de Navarra, —dice Mme. Aulnoy (4)—, han sido defendidos de la irrupción de los Bárbaros por la altura y aspereza de sus montañas, se estiman todos *cavaliers* (3), hasta los aguadores..... Una cosa bastante singular y que, según pienso, no se halla establecida en ningún otro país, es que los niños encontrados son nobles, y que disfrutaban del título de *hidalgos* y de todos los privilegios anexos a la nobleza; pero para eso es preciso que demuestren que se les ha alimentado y criado en el hospital donde se colocan esa clase de niños). Se recuerda el furor del Vizcaíno, —*el gailardo Vizcaíno* (3)—, cuando el Caballero de la Mancha, —*el valiente Manchego* (3)—, antes de su memorable combate le dice que no es *caballero* (3).

Un autor vasco, Perochegui, llama modestamente a su país «río abundante de Nobleza, el más antiguo seminario de la Nobleza de España». No es asombroso que encontremos frecuentemente hasta en las más pequeñas aldeas del país, tantas antiguas casas nobles, —*casas solares*— (3), cuya puerta principal está adornada de enorme escudo en que las armas del propietario se ven esculpidas en piedra.

Los Vascos, como cada cual sabe, hablan un idioma particular, inteligible para ellos solos. Conocida es la frase prestada a Scaliger:

«Se pretende, —decía,— que esas gentes se entienden entre ellos;

(4) No puede menos de llamar la atención el hecho de que el autor precisara recoger para las impresiones de su viaje, el relato de Mme. Aulnoy, que lo publicó (1679) doscientos años antes que el del barón Ch. Davillier (N. del T.).

para mí, no creo nada de eso». La palabra *vascuence* (3), que sirve para, designar en español (5) el idioma vasco, significa igualmente «lo que es tan oscuro y confuso, que nadie puede comprenderlo» (6) (7). Cervantes, cuando presenta en escena al Vizcaíno, le hace hablar en mal español (5) y en peor vizcaíno; *en mala lengua castellana. y peor vizcaína* (3)..... Ya se ve que no es asombroso que el proverbio «hablar como una vaca española» venga, como se ha pretendido, de otro proverbio más antiguo: «hablar cómo un *Vasco* (8) *español* (3)».

Los Vascos (8) se dan a sí mismos el nombre de *Euscaldunac* (3), llaman a su lengua Euscara (9) y a su país Euscaleria (9). No hay fábulas ni absurdos que no se hayan lanzado con respecto al *vascuence*; según autor que ya hemos citado, fué la lengua de que Adán se servía en el Paraíso Terrenal; era también la lengua de los ángeles. Traída en toda su pureza por Tubal mucho tiempo antes de la confusión de las lenguas en la torre de Babel, se habló en toda la Península, etc., etc. Lo que hay de cierto es que hoy es tan poco inteligible como lo es en Francia el bajo-bretón. Hasta hay un refrán español según el cual el Diablo (8), tras haberla estudiado en Bilbao (?) durante siete años, no alcanzó a aprender de él mas que tres palabras (7).

Se han querido hallar algunas analogías entre el vasco y otras lenguas, sobre todo el celta y el irlandés; un autor inglés, M. S. Borrow, cree que este idioma es de origen tártaro a causa de su semejanza con el mantchou (9) y el mongol; ve en él un elemento predominante de sánscrito. Más recientemente se ha pretendido que los Vascos descienden de la gran tribu de los *Chaouias* (3), tribu africana, pero no árabe, establecida en la provincia de Constantina, al pie de los montes de Aurés; suposición basada en el hecho de que los habitantes de esta tribu hablan una lengua que los Arabes no entienden, pero que los Vascos comprenden. Según una carta de un oficial francés que ha residido en esa tribu, los *Chaouias* se comprendían con los leñadores vascos que trabajaban en el bosque de Batna. Los dos idiomas, es cierto, no eran el mismo, pero sus afini-

(5) Debe decir castellano (N. del T.).

(6) El original escribe entre comillas (N. del T.).

(7) Se puede apreciar en el transcurso de la obra que el autor se complacé a veces en recoger ciertos dichos vulgares que, además, suele desfigurar (N. del T.).

(8) El original escribe con mayúscula (N. del T.).

(9) Literal (N. del T.).

dades ofrecían a individuos de origen tan opuesto medios de entenderse hasta cierto punto etc.

Todos estos alegatos son muy discutibles, y la opinión más verosímil es la de Humboldt, que cree que la lengua vasca es originaria del país mismo (10), y que ha sido en tiempos lejanos hablada en toda España. Un hecho cierto es que hay en el español buen número de palabras derivadas del vasco; el P. Larramendi hasta pretende que se elevan a dos mil, lo que parece evidentemente (?) exagerado.

El P. Larramendi es autor de una de las más curiosas obras que hayan sido publicadas sobre la lengua vasca: el *Diccionario trilingüe del castellano, bascuence y latín*, impreso en San Sebastián en 1745 en dos tomos in-folio, y que, llegado a ser muy raro, ha sido reimpresso en la misma ciudad hace unos veinte años. Citaremos también otro libro de este sabio jesuita: *El imposible vencido. Arte de la lengua bascongada*.

A pesar de algunas poesías populares y algunas obras que han tenido el honor de la impresión, no se puede decir que la lengua vasca tenga una literatura. Se ha pretendido que su pronunciación es armoniosa; otros, al contrario, afirman que es dura y difícil; en cuanto a nosotros, confesaremos que, sin comprender de ella ni una sola palabra (11), nos ha parecido siempre bastante ruda. No tenemos, por lo tanto, la pretensión de resolver la cuestión y nos limitaremos, para terminar, a citar la chanza que los Españoles atribuyen a un Andalúz: «Los Vascos escriben Salomón y pronuncian Nabucodonosor» (7).

Vitoria.—Los balcones.—La Plaza Nueva y el mercado.—Un proverbio español respecto a los hijos.—La moneda falsa y los monederos falsos en España; la moneda de vellón.—La sidra y el chacolí.—La provincia de Guipúzcoa.—Azpeitia.—Ignacio de Loyola.—Mondragón y sus antiguas espadas.—Zumarraga.—Los gitanos de las Provincias Vascas.

Era casi noche cuando llegamos a Vitoria, capital de la provincia de Alava. Después de una cena tolerable en la fonda de Pallares fuimos a dar una vuelta por la ciudad, cuyas calles estaban débil-

(10) Autóctona (N. del T.).

(11) Después de esta declaración terminante del autor, huelgan los comentanos acerca del particular (N. del T.).

mente alumbradas y cuyo silencio no era turbado por ruido alguno: calles provincianas, en calma y tranquilas. Llegados a la plaza principal percibimos en la fachada de la iglesia una estatua de la Virgen rodeada de aureola formada por numerosas luces; creimos que esta iluminación tenía lugar con motivo de alguna festividad, pero se nos aseguró que la estatua estaba alumbrada así todas las noches.

Habiéndonos conducido después la casualidad hacia una calle escarpada a la derecha de la iglesia, notamos un balcón de forma particular y tan saliente que formaba como un pequeño salón al aire libre; seis señoras tomaban allí el fresco iluminadas por los rayos de la luna; y Doré (12) no olvidó de hacer un croquis de tan lindo cuadro. Notamos en los antiguos barrios de Vitoria, es decir en la alta villa, otros balcones del mismo estilo.

Al día siguiente visitamos la *Plaza Nueva*, amplio paralelogramo rodeado de pórticos y que nos recordó la *Plaza Mayor* (3) de Salamanca. Era día de mercado y los campesinos de los alrededores se habían citado allí. Su tipo difiere mucho del de Castilla; es que son los descendientes de los antiguos Cántabros (?), esa raza vigorosa e indomable. Había abundancia extraordinaria de frutas y legumbres, porque los alrededores de Vitoria son fértiles y muy bien cultivados. Había sobre todo magníficas *brevas* (3) (es el nombre que se da a los primeros higos) (13), tan apetitosas que no pudimos resistir a la tentación. «Y, —sobre todo—, nos dijo el vendedor, no vayan a beber agua después». En efecto, se cree en España, con razón o sin ella, que es peligroso beber agua cuando se comen higos; se dice lo mismo de los *higos chumbos* (3), tan comunes en Andalucía, y de los caracoles. Hasta hay un refrán respecto a este asunto:

«Sobre caracoles,
Higos y brevas,
Agua no bebas;
Y vino tanto,
Que caracoles,
Higos y brevas
Anden nadando» (9).

Para aprovechar la tarde nos dirigimos al único teatro de Vitoria; habiendo entregado una pieza de oro de cien reales para pagar nues-

(12) Dibujos inéditos de Gustavo Doré (N. del T.).

(13) El original escribe entre paréntesis (N. del T.).

tras localidades, el empleado de la taquilla nos la devolvió como falsa. después de haberla examinado, sonado y finalmente pesado en una pequeña balanza, accesorio obligado en España para todos los que tienen que manejar dinero. «Tiene el peso, —nos dijo el empleado—pero he visto en seguida que tenía *mala cara y mal sonido*» (3). Es que nos hallamos en el país de la moneda falsa; en ninguna parte se la encuentra tan frecuentemente como aquí; en ningún sitio se ha llevado tan lejos el arte de falsificar, de imitar, de cercenar las monedas; y así, toda pieza que se entrega está reputada como falsa *a priori* (3), sobre todo cuando se trata de una pieza de oro: se la hace botar sobre la madera o sobre mármol para mejor juzgar de su sonido; se la pesa con cuidado, se la examina atentamente con una lente, y a veces hasta se ensaya la piedra de toque. Hay gentes que, desprovistas sin duda de la habilidad o de los recursos necesarios para ejercer el oficio de falsificadores, se contentan con limar, cercenar o agujerear las piezas de oro y principalmente las *onzas* (3), que valen poco más de ochenta francos; y así, rechazamos siempre las onzas que son cortas (3), como se dice.

La industria de moneda falsa, tan floreciente hoy, no es nueva en España, si creemos lo que se cuenta de un pintor célebre, Herrera el Viejo, que fué encarcelado bajo acusación de haber fabricado moneda falsa. El oro y la plata eran además mucho más raros entonces que hoy y se servían sobre todo del vellón, como nos lo manifiesta Mme. d'Aulnoy: «..... La plata no circula y no entra en el comercio. De mí;os confesaré que no la he visto nunca.. Mi pariente recibe sumas bastante fuertes todas en *cuartos* (3): es moneda de cobre tan sucia como las doblas y, tan fea como es, pertenece al tesoro real. Se dan al peso (porque, ¿qué medio hay de contar tal miseria?) (13). Las traen hombres en grandes cestos de estera que atan a sus, espaldas y, cuando llegan los pagos, toda la casa pasa ocho días contando los cuartos. Sobre diez mil francos no hay cien pistolas (14) en oro o en plata». La moneda de vellón o *calderila* (3) se vende en algunos pueblos de España por cambiadores que tienen establecimiento al aire libre, como en ciertas calles de Nápoles.

A medida que nos alejábamos de Vitoria para acercarnos a los Pirineos, la comarca se hace más salvaje y más accidentada: tras cada túnel—y son muy numerosos—hay nuevos collados, a veces

(14) Moneda de oro francesa, equivalente a once libras y algunos sueldos (N. del T.).

muy altos, plantados la mayoría de robles verdes, nogales, castaños, boj, retamas espinosas con flores amarillas. En las partes desnudas de árboles la tierra está generalmente cubierta de espesa capa de brezos. Algunos valles están plantados de manzanos: se creería uno en Normandía; la sidra (*zagardúa*) (3) (13) que se fabrica en las Provincias Vascaas en bastante grande cantidad, no vale seguramente tanto como la de Isigny o del Devonshire; no obstante, la que hemos bebido alguna vez era muy agradable, particularmente en San Sebastián. En cuanto al vino, el país produce poco y apenas puede darse este nombre a un brevaaje áspero, agrio y sin sustancia que los Vascos llaman *chacolí* (15).

Acabábamos de cruzar la estación de Salvatierra y la de Alsua, donde empalma la línea de Pamplona y Zaragoza; después de haber seguido algún tiempo el curso del Urola, pequeño río que va a echarse al Océano, estamos en Zumarraga, burgo vecino de Azpeitia, patria de Ignacio de Loyola. Estamos en la provincia de Guipúzcoa, una de las más adelantadas de la Península bajo el doble aspecto de la instrucción y de la industria. A corta distancia se encuentran las famosas minas de hierro de Mondragón, de que hemos dicho en otro lugar algunas palabras a propósito de las espadas de Toledo:

«De Mondragón tus aceros.....» (9).

«No hay otra mina parecida en el reino, —dice Bowles en su *Introducción a la historia natural de España*—. Si debe creerse una antigua tradición, con el hierro de esta mina se fabricaron las espadas, tan famosas por su temple, que la infanta Catalina de Aragón, hija de los reyes católicos, regaló a su marido Enrique VIII de Inglaterra. Aún se encuentran algunas en Escocia, donde se aprecian mucho bajo el nombre de Andrés Ferrara. Las famosas espadas de Toledo, las del *perrillo* (3) de Zaragoza, que son todavía muy estimadas, y las que se fabricaban en otras ciudades, eran, según se dice, compuestas con el hierro de esta mina». Según el mismo autor, no se está del todo de acuerdo en cuanto a los procedimientos que se empleaban. Según unos, no se templaban las hojas sino en invierno y, cuando se las retiraba por última vez de la fragua, se las arrojaba al aire tres veces con gran fuerza eligiendo un día muy frío. Otros aseguran que se hacían calentar las hojas hasta el rojo-cereza, y que en seguida se las sumergía en grasa, luego en agua

(15). Seguramente que hay quienes no comparten esta opinión particular del autor (N. del T.).

templada y finalmente en agua fría. Se dice también que se empleaba el acero natural de Mondragón poniendo una banda de hierro en medio de dos hojas de este acero con el fin de obtener mas flexibilidad.

Encontramos no lejos de Zumarraga una familia de *gitanos* (3) nómadas, cosa bastante rara en las Provincias Vascas, mientras que son bastante numerosos en los alrededores de Pamplona y en otras partes de Navarra, donde cierto número de ellos están establecidos y hablan, según se afirma, perfectamente el vasco, además de su caló (3). Unos dormían acostados en la hierba; otros tocaban la guitarra; más lejos, una pequeña gitana hacía, a la vista de su madre, la toileta de su hermana joven en tanto que ésta jugaba con un gran gato. Aquí no se ven sino gitanos de paso que venden generalmente cestos y rosarios. Son perseguidos a menudo y obligados generalmente a pasar la noche fuera de los poblados; mas de una vez nos ha ocurrido ver grupos de chiquillos perseguirles a pedradas.

Vergara; el convenio entré Espartero y Maroto.—Algunas palabras acerca de las principales sublevaciones carlistas.—Cabrera y su madre.—Otra vez las estampas y los cantos populares; un coronel cristino y ochenta y seis sargentos pasados por las armas; las represalias: fusilamientos, cuchilladas y asesinatos.

A corta distancia de Zumarraga, a mitad de camino entre Victoria y Tolosa, se encuentra la pequeña villa de Vergara, célebre por el convenio formado en 1839 entre Espartero y Maroto. El *Convenio de Vergara* puso fin por un tiempo a la guerra civil que se ha llamado *la guerra de los siete años* (3).

Los campeones de la ley de sucesión agnática, promulgada en 1713 y personificada en los derechos de don Carlos al trono, parecían dejar el campo libre a la hija de Fernando VII, que, bajo la regencia de María Cristina, su madre, había sido coronada reina de España en virtud de la pragmática sanción de 1839. Sin embargo, varias insurrecciones vinieron a probar que el partido carlista no estaba apagado; en 1848, 1855 y 1869 tuvieron lugar las sublevaciones más importantes.

Cabrera, nacido en Tortosa en 1809, fué el héroe de la campaña carlista de 1848; aunque existe aún viviendo en Inglaterra, donde

casó con una gran dama inglesa, es en España un personaje legendario: su historia se vende por las calles, así como las estampas populares a dos cuartos, en que se representan sus hazañas. Tenemos a la vista una de esas hojas: los principales episodios de sus campañas, groseramente grabados en madera, están representados en cuarenta y ocho cuadros. Recorriendo esta Historia de *Cabrera*, se creería, ¡ay!, asistir a la lucha que actualmente devasta a España; no se ven mas que *fusiladas*, *cuchilladas* y *asesinatos*: he aquí a la madre de Cabrera fusilada en Tortosa; en seguida la del coronel *crístico* (3) Fontivero sufre la misma suerte; ochenta y seis sargentos de las tropas de la reina son a su vez pasados por las armas; prisioneros carlistas son *acuchillados* (3) en Zaragoza; poco tiempo después es el turno de sus adversarios: *Horrorosa pirámide de cadáveres de prisioneros* (3), reza la leyenda de uno de los dibujos, que no precisa traducción.

Como en España los cantos populares abrazan los motivos más variados, es natural que cada partido tenga sus coplas en el *Cancionero* popular. He aquí solo dos, como muestra:

«Soldaditos soy del rey,
Aquí traigo mi registro;
Y si muero en la batalla,
Muero por la fe de Cristo» (9).

Escuchemos ahora la copla de su adversario:

«Ciento cincuenta cartuchos
Tengo yo en mi cartuchera
Para matar las facciones
Que defienden a Cabrera» (9).

El movimiento carlista de 1855 fué dirigido por los generales Marco y Estartus; el primero mandaba en Aragón, el segundo en Cataluña; pero esta insurrección tuvo poca importancia. La de 1860, al frente de la cual se puso el capitán general de las islas Baleares, don Jaime Ortega, fué ahogada desde el principio; poco tiempo después de haber desembarcado en San Carlos de Rápita, cerca de la embocadura del Ebro, Ortega era detenido y fusilado en Tortosa.

Durante los últimos años del reinado de Isabel II, las sublevaciones carlistas fueron insignificantes; poco tiempo después de la revolución que destronó a la reina, el partido de don Carlos levantó la cabeza una vez más. En 1869 y en 1870 estallaron sublevaciones

en varias provincias de España, creciendo poco a poco después de varias alternativas para llegar al punto en que las vemos hoy y de que no diremos nada, queriendo limitarnos a este corto resumen retrospectivo.

Beasain; el viaducto de Ormaiztegui.—Tolosa; otra vez las casas solares.—La iglesia de Santa María.—Las Animas.—Devoción de los Españoles a las ánimas del purgatorio; las almas herederas.—Una palabra del duque de Villa Mediana.—El duque de Osuna y los Jesuitas.—La Cofradía de las ánimas.—La Virgen del Carmen.—El toque dé las Animas.

Estamos en el corazón de las Provincias Vascongadas, en un país accidentado que parece hecho para combates de partidarios; así es que desde hace cuarenta años ha sido muchas veces teatro de guerras civiles. Dejemos ese terreno ardiente y detengámonos en Isasondo, burgo muy pintoresco rodeado de altos montes, y después de haber pasado por Beasain cruzamos el magnífico viaducto de Ormaiztegui (16), una de las más hermosas obras de la línea del Norte. En la linda aldea de este nombre nació el famoso jefe carlista Zumalacarbequi.

Nos hallamos en Tolosa, capital de la provincia de Guipúzcoa (17), una de las villas más bonitas del país vasco y una de las más industriales; sus talleres y fábricas son numerosos, y sus edificios de ventanas alineadas muy regularmente, contrastan singularmente con las fachadas esculpidas y blasonadas de las casas solariegas, mansiones de antiguas familias nobles, arruinadas en parte.

Aparte las casas solariegas, que ascienden la mayoría a varios siglos, Tolosa no posee otro edificio interesante si no es la iglesia gótica de Santa María, una de cuyas torres está sobrepuesta de una estatua colosal de San Juan Bautista. Observamos al entrar en el templo esta inscripción, que muchas veces habíamos tenido ya ocasión de leer en otras partes: *Hoy se saca ánimas* (3). Este aviso a los fieles es una de las tradiciones de la vieja España católica.

(16) En la dirección que viajaba el autor, le era forzoso pasar primero por Ormaiztegui, después por Beasain y luego por Isasondo (N. del T.).

(17) Ya no lo era cuando se escribía el presente relato de viaje. Lo fué desde 1844 hasta 1854, en que se trasladó la capitalidad a San Sebastián (N. del T.).

Se trata de las almas que van al Purgatorio para purificarse por medio del sufrimiento y a fin de convertirse en dignas de penetrar en las regiones celestes. Las ánimas han desempeñado siempre un papel muy importante en la Iglesia española: se las ve a menudo representadas bajo la figura de una mujer desnuda hasta la cintura, las manos unidas en actitud dolorosa y suplicante, y rodeadas de lenguas de llamas.

La devoción a las ánimas ha sido en todo tiempo uno de los medios más eficaces para conmover la caridad pública: «Eso hasta a veces se lleva demasiado lejos, —dice Mme. d'Aulnoy—, y he conocido un hombre de gran alcurnia, que, hallándose mal en sus negocios, no dejó de querer al morir que se dijeran quince mil misas. Su última voluntad fué cumplida, de manera que se tomó ese dinero de sus pobres acreedores; porque, por legítimas que sean sus deudas, no querían recibir nada hasta que fueran celebradas todas las misas requeridas por el testamento. Es lo que ha dado lugar a ese modo de hablar de que se sirve comúnmente: *Fulano ha dejado su alma heredera* (3), y se entiende por ello que ha dejado su bien a la Iglesia para rezar por él a Dios».

«El rey Felipe IV ordenó que se dijeran cien mil misas como intención suya, deseando que, si cesara de tener necesidad de ellas, se aplicaran a su padre y a su madre, y que, si se hallaban en el cielo, se aplicaran para las almas de los que han muerto en las guerras de España.»

No olvidemos, a propósito de las *ánimas del purgatorio* (3), la broma que se atribuía al duque de Villa Mediana: Estando un día en la iglesia de Nuestra Señora de Atocha en Madrid y habiendo encontrado a un religioso que pedía para las almas del Purgatorio, le dió una moneda de cuatro pistolas. «¡Ah!, señor, —le dijo el buen Padre—, acaba V. de librar un alma». El duque sacó otra moneda parecida y la puso en su taza. «¡He aquí, —continuó el religioso—, otra alma librada!». Le dió de esta manera seis, una tras otra; y a cada moneda exclamaba el monje: «¡El alma acaba de salir del Purgatorio!». «¿Me lo asegura V.?» —preguntó Villa Mediana—. «Sí, señor, —repuso el fraile—, ahora están en el Cielo». A lo que repuso el duque: «Devuélvame mis seis pistolas ya que sería inútil que fueran para V.; y puesto que las almas están en la gloria, no hay que temer que regresen al Purgatorio».

El duque, es cierto, no quería sino asustar al monje, y no volvió a tomar su dinero. También fué él quien estando un día en la iglesia

con la reina Isabel, mujer de Felipe IV, vió sobre el altar mucho dinero que había sido entregado para las almas del Purgatorio; se acercó y lo tomó diciendo: «Mi amor será eterno, mis penas serán también eternas; acabarán las de las almas del Purgatorio. ¡Ay!, las mías no acabarán; esta esperanza las consuela; yo, estoy sin esperanza y sin consuelo. Así, estas limosnas que se las destina se me deben más que a ellas». Sin embargo, no se llevó nada.

La chanza del de Villa Mediana nos recuerda otra del mismo estilo, que se atribuye, en una recopilación de anécdotas del siglo diez y siete, a otro grande de España. El duque de Osuna prometió mil pistolas a los Jesuítas si le hacían ver que se podía dar la absolución de antemano por un pecado no cometido todavía. Después de pensarlo bien, le trajeron uno de sus autores y le dieron la absolución que pedía. Les firmó una letra de cambio para cobrarse a cuatro leguas de distancia. Encontraron en el camino a doce bromistas que les quitaron su letra de cambio. Fueron a quejarse al duque, quien les dijo que aquel era el pecado que tuvo ganas de cometer y del que le habían absuelto

La *Virgen del Carmen* (3) es invocada particularmente para retirar las almas del Purgatorio:

«A la Virgen del Carmen
Quiero y adoro,
Porque saca las almas
Del purgatorio» (9).

Para completar este cuadro de costumbres españolas, citemos también un periódico satírico publicado en Madrid hace algunos años bajo el título singular de *Las Animas* y cuya viñeta representaba almas en pena bajo la figura de *cesantes y pretendientes* (3), es decir aquellos que perdieron sus empleos y los que los solicitan, tipos sumamente generales entre nuestros vecinos..... y en muchos otros países.

La devoción a las almas del Purgatorio es siempre grande en España; las iglesias se llenan de fieles cuando hacia las ocho o nueve de la tarde suena *el toque de las ánimas* (3); los muros están tendidos de negro, los cirios echan su fulgor lúgubre, y cada cual se arrodilla para rezar por parientes o amigos que recuerda.

Alrededores de Tolosa.—Las encinas y los alcornoques; un proverbio acerca de estos dos árboles.—Las Provincias Vascas en tiempo de las diligencias; precios exorbitantes pedidos a los viajeros.—La cuesta de Salinas.—Los carros del País Vasco; su extraño ruido producido por las ruedas (18); lo que dice de ellos Cervantes.—Una copla popular.—Opinión de algunos viajeros acerca de los carros vascos.

Al salir de Tolosa se disfruta hasta San Sebastián de un paisaje encantador; por momentos se creería uno en Suiza si los palacetes no estuvieran sustituidos por casitas vascas de muros blanqueados con cal y de tejados cubiertos de tejas rojas. El aspecto de los montes es muy variado; a veces se suceden formando varios planos de los cuales los más lejanos van perdiéndose en matices vaporosos.

Salvo en las partes peñascosas y en aquellas en que el terreno calcáreo se presenta desnudo, la vegetación es siempre de las más vigorosas. Señalamos sobre todo las encinas y los alcornoques (3) de enormes troncos y cuyas ramas se elevan a veces hasta treinta o cuarenta pies de altura. Estos alcornoques, como los que habíamos visto al franquear los Pirineos por el Cuello o Puerto de Pertus (9), se tiñen de rojo cuando se les ha despojado de su corteza. Su madera, una de las más duras que hay, cede sin embargo bajo este respecto a la del roble verde, como lo constata uno de los más extraños refranes rimados:

«Al alcornoque
No hay palo que le toque,
Sino la encina,
Que le quiebra la costilla» (9).

Esas escarpadas montañas que cruzamos en algunos minutos bajo numerosos túneles, esos profundos valles unidos por viaductos, nos traen a la memoria los tiempos de las diligencias, aquel buen tiempo en que se viajaba con la escolta tutelar de las escopeteros (9) en que se hacía alto cada anochecer. A más de que el viaje se hacía con lentitud extrema, los precios eran escandalosamente caros. Recordamos que hace diez años (era en Abril de 1863) (13) se nos hizo pagar por el recorrido de Alsasua a Beasain, poco más de cuatro leguas españolas, la suma de ochenta y un reales, es decir más de

(18) Por el frotamiento del eje (N. del T.).

cinco francos por legua, o sea más de diez veces el precio de primera clase en ferrocarril.

Para cruzar las Provincias Vascas desde Irún a Vitoria, no se emplea hoy más tiempo del que se precisaba entonces para ascender las cuestas más escarpadas, por ejemplo la de *las Salinas* (3). Esta cuesta, espanto de los viajeros, no se vencía sino con el auxilio de media docena de bueyes que se colocaban delante de las diez o doce mulas de la diligencia, y no se llegaba a la cumbre sino con refuerzo de latigazos y del aguijón y con el estrépito más ensordecedor de gritos y juramentos.

A propósito de estrépito, no olvidemos de mencionar los famosos carros de los países vascos. Esos pesados vehículos de ruedas macizas, que no han debido sufrir grandes cambios desde la época en que don *Pelayo* (3) reinaba en Asturias, no difieren mucho de los que hemos visto en este país y en la provincia de León; Doré había ya dibujado (12) algunos del mismo estilo, particularmente en Palencia y León, un día en que hicimos amistad con un bravo *mara-gato* (3) que vendía castañas. Teófilo Gautier ha descrito en estilo muy pintoresco el singular rechinar producido por las ruedas (18) de los *carros* (3) vascos:

«Un ruido extraño, inexplicable, ronco, espantoso y risible, me preocupaba en el oído durante algún tiempo; se dijera que una multitud de gayos desplumados. vivos, de niños azotados, de gatos en celo, de sierras afilándose los dientes sobre dura piedra, de calderos rascados, de goznes de cárcel girando sobre la roña y obligados a soltar su prisionero; creía por lo menos que era una princesa ahogada por un nigromante salvaje; no era sino un carro de bueyes que subía por la calle de Irún y cuyas ruedas mayaban horriblemente por falta de ser sebadas, prefiriendo el conductor sin duda poner la grasa en su sopa. Ese carro no tenía seguramente nada que no fuera muy primitivo; las ruedas eran macizas y giraban con el eje, como en los carritos que hacen los niños con corteza de calabaza. Ese ruido se oye desde media legua y no desagrada a los naturales del país (19). Así tienen un instrumento de música que no les

(19) Los naturales del país le llaman en euskera *gurdiaren irrintzina*, relincho del carro. Se ha dicho que los labriegos vascos hacen a propósito que los carros chillen en la montaña, convencidos de que ello sirve para animar al ganado; pero lo cierto es que el chirrido del frotamiento del eje anuncia su proximidad e impide que dos carretas se encuentren frente a frente en un camino estrecho y se vean imposibilitados de avanzar y de dar la vuelta (N. del T.).

cuesta nada y que suena sólo por sí mismo mientras dure el camino. Eso les parece tan armonioso como a nosotros ejercicios de violinista en la cuarta cuerda. Un campesino no querría un carro que no cantara; ese vehículo debe datar del diluvio.

Si los carros de las Provincias Vasvas no datan del diluvio, su forma se remonta ciertamente a época muy antigua. Se podría decir además otro tanto de los que se utilizan en Andalucía, en las Castillas y aún en otras provincias. Un autor español, M. E. Lafuente y Alcántara, ha escrito algunas curiosas líneas a este respecto: «No puedo-dice en el prólogo de su *Cancionero Popular*— olvidar la extraña impresión que produjo en mí la lectura de la obra de M. Layard acerca de las ruinas de Ninive y de Babilonia, donde describe minuciosamente las carretas, carros y otros instrumentos del mismo género de que se sirven los Kurdos, observando que esos instrumentos están aún hoy tal como en tiempo de la Biblia. Los carros y carretas descritos en esa obra son exactamente parecidos a los que se utilizan en Andalucía.....».

Para demostrar que no es de ayer el que las ruedas de los carros produzcan su música extraña, no tenemos más que recordar aquel curioso pasaje de una de las Novelas ejemplares de Cervantes, que dice, al hablar de los ministros de justicia, que si no están bien engrasados gruñen más que las carretas de bueyes.

Citemos también al pasar aquella copla bien conocida en España y que demuestra que hay países en que las ruedas de los carros están mejor engrasadas que en las Provincias Vasvas:

«Unta el eje, Juanillo,
que chilla el carro;
Que hasta el inanimado
Gusta de halagos» (9).

La condesa D'Aulnoy, hablando de los carrromatos de los países vascos, dice que «el ruido es tan grande que se le oye desde un cuarto de legua cuando hay varios juntos; lo que ocurre siempre, porque se reúnen hasta sesenta u ochenta.....».

Otro viajero que recorrió España durante el siglo pasado, Baretti, se quejaba en estos términos del tormento ocasionado por las ruedas de las carretas: «No sé si el hedor de las ruedas más sucias es más soportable al olfato que ese ruido agudo y penetrante a los oídos. Las ruedas de los, carrromatos de ese país están formadas por dos planchas claveteadas juntas y groseramente talladas en figura

circular; se podría, si se quisiera, remediar ese ruido desagradable; bastaría para ello con que los carreteros engrasaran sus ejes; pero pretenden que entonces el diablo haría daño a sus bueyes, y que el ruido le ahuyenta. ¿Habéis oído jamás una razón mejor para economizar la grasa?

Si se quisiera buscar razón más plausible para explicar el ruido en cuestión, habría que dirigirse nuevamente a Cervantes, puesto que habla en su *Don Quijote* de las ruedas de los carros *de cuyo chirrido áspero y continuado se dice que huyen los lobos y los osos* (3).

La verdad es que los campesinos vascos se complacen en escuchar el ruido de las ruedas; hemos preguntado a varios, y sus respuestas no nos dejan duda alguna acerca de este particular. Un habitante de Alsasua nos decía últimamente que sobre todo en ocasión de las bodas es cuando se complacen en escuchar rechinar a los carros que conducen a casados e invitados (20); y ello a pesar de la multa de una *peseta* con que los *alcaldes* (3) de ciertas aldeas amenazan a los aficionados a música tan extraña.

San Sebastián.—El camino de San Sebastián a Bilbao.—Zarauz.—El árbol de Guernica.—Deva.—Bermeo.—Bilbao y Portugalete.—Pasajes.—Las bateleras vascas.—Irún.—La frontera.—El Bidasoa; la isla de los Faisanes; Luis XIV y Francisco I.—Entrevista de Mazarino y de don Luis de Haro.—Las fiestas en ocasión del casamiento de Luis XIV.

Después de haber cruzado las estaciones de Andoain y de Hernani, —aldea que, a pesar de su nombre no tiene relación alguna con el héroe de un drama célebre—, llegamos a San Sebastián, villa moderna encantadora y coqueta; sus calles, casi enteramente reedificadas, están alineadas a cordel, y se cortan a ángulo recto; es el Trouville, el Biarritz de España, el punto de cita de la sociedad elegante de Madrid y de las grandes ciudades españolas durante la estación de los baños de mar. A pesar de la vecindad de la frontera, San Sebastián tiene carácter español bien pronunciado, con su plaza rodeada de arcos y en que se celebran las corridas de toros, con casas de balcones y miradores. El mercado estaba muy animado;

(20) Véase la revista *Euskalerraren Alde*, número de Diciembre 1928 (N. del T.).

notamos ciertos cestos de mimbre, *cuévanos* (3) que los campesinos colocan como una silla sobre sus mulos y caballos.

La nueva carretera de San Sebastián a Bilbao, que bordea constantemente el golfo de Gascuña, cruza un país muy poblado y muy fértil. El cultivo es soberbio y atestigua las costumbres laboriosas de los habitantes; a menudo, como en Alsasua, se ven mujeres trabajar en los campos. He aquí una, vieja que descende la montaña con sus espaldas cargadas de enorme haz de leña, lo que no la impide caminar con paso vivo; más lejos, una muchacha que lleva con facilidad sobre su cabeza una vasija llena de leche, cual canéfora antigua. Habíamos ya notado varias de esas lecheras vascas en el mercado de San Sebastián: su magnífica cabellera, en parte oculta por una pañoleta blanca cae sobre las espaldas en dos largas trenzas que, al precio a que está el cabello, deben representar un valor considerable. Un viajero del siglo diecisiete hacía de esas campesinas vascas un retrato que no cambia hoy: «Esas mozas son altas, su talle es fino, la tez morena; admirables los dientes, negros y lustrosos como azabache los cabellos que trenzan y dejan caer sobre las espaldas con algunas cintas con que las atan; tienen sobre la cabeza un pequeño velo de muselina bordado de flores de oro y de seda que revolotea y cubre el seno».

Pasamos por Zarauz, lugar encantador de baños de mar, muy en moda desde hace algunos años, después Guetaria, Zumaya y la linda pequeña villa de Deva. No olvidemos de mencionar la aldea de Guernica, famosa desde hace mucho tiempo por su roble secular, —*el roble de Guernica*,— bajo el cual las *juntas* (3) de la provincia se reunían antaño para deliberar acerca de los asuntos del país. El pequeño pueblo de Bermeo; una de nuestras últimas etapas, dió al autor de la *Araucana*, Alonso de Ercilla, célebre poeta-soldado que escribió sus versos sobre la silla de guerra.

Se llega a Bilbao después de haber remontado el Nervión durante una docena, de kilómetros. La ciudad está en situación agradable; las antiguas calles, muy angostas, son de aspecto original con sus casas macizas de techos salientes; los trajes de los aldeanos son muy pintorescos, siendo la boina el tocado exclusivo.

De regreso a San Sebastián, continuamos nuestra ruta hacia la frontera y llegamos pronto al bonito puerto de Pasajes que, visto desde la estación, ofrece completamente el aspecto de un lago de aguas en calma; un canal estrecho pone en comunicación al puerto con el mar, oculto por una cortina de montes escarpados. Aquí,

como en Santander, en Bilbao y en otros puntos de la costa, son mujeres, —*cargueras* (3)—, las que transportan las cargas. Vimos igualmente robustas bateleras que nos hicieron pensar en aquellas que admiraron tanto a Mme. D'Aulnoy cuando la hicieron cruzar el Bidasoa. Esas mozas, esas «bellas piratas» (6), como ellas las llama, no comprendían las chanzas y no permitían que se las faltara al respeto; cita como testimonio la aventura que ocurrió durante la travesía al Cocinero de la condesa, Gascón demasiado emprendedor: «La joven Vizcaína, sin otro cumplido, le rompió la cabeza con su remo armado de un garfio que estaba a sus pies. Cuando llevó a cabo esta hazaña, el temor se apoderó de ella y se arrojó rápidamente al agua, aunque hacía un frío extremado; nadó al principio con mucha velocidad, pero como iba con todos sus vestidos y que estaba lejos la orilla, comenzaron a faltarle las fuerzas; varias muchachas que estaban en la orilla, se metieron pronto en sus barcas para auxiliarla..... Les aseguro que el Gascón indiscreto fué tan cruelmente golpeado que estaba completamente ensangrentado; y mi banquero me dijo que cuando se irritaba a esas muchachas vizcaínas, eran más bravas y más temibles que pequeños leones».

Irún es la última estación de la línea del Norte de España. Es un pequeño pueblo construido sobre una altura en que se hacía alto en tiempo de las diligencias y que hoy ya no se le visita; como revancha, no dejaremos de ir a visitar Fuenterrabía, que vemos a pequeña distancia. Es una villa ruinosa y miserable, pero de las más pintorescas, y que estamos deseosos de ver, hasta después de Segovia, Avila y Toledo.

De Irún a la frontera no hay sino unos minutos; hémos ya llegados al Bidasoa, pequeña ría, una de las más célebres de Europa, aunque su curso tenga apenas algunas leguas. Al cruzarla percibimos a nuestra derecha un islote, —*la Isla de los Faisanes*— (3), que no es mayor, según Teófilo Gautier, que un lenguado frito de tamaño medio.

Han tenido lugar tantos acontecimientos en esta angosta lengua de tierra, que apenas bastaría para su historia un gran tomo. Ahí Enrique IV, rey de Castilla, tuvo una entrevista con Luis XI, cuyo traje de grosero paño escandalizó a los señores españoles. Ahí Francisco I, después de haber dejado su prisión de Madrid, abrazó a sus hijos, que iban a tomar su puesto. También fué en la isla, de los Faisanes donde el cardenal Mazarino se encontró con Don Luis de Haro, ministro y favorito de Felipe IV, para firmar la paz de los Pirineos.

La isla de los Faisanes es célebre sobre todo a causa de la entrevista que tuvo lugar entre Felipe IV y Luis XIV en el verano de 1660 con motivo del casamiento del rey de Francia con la infanta María Teresa. La isla tenía entonces quinientos pies de largo por sesenta de ancho; de cada lado de la frontera se llegaba a ella por un puente: el de los Españoles estaba sostenido por nueve barcos el-de los Franceses contaba catorce, siendo más ancho por su lado el brazo del río. Las fiestas fueron magníficas: el séquito del rey de Francia se componía de cuatro mil mulos o caballos, setenta carrozas y otros tantos furgones. Doce baúles de plata adornados de terciopelo y veinte de cuero contenían la guardarropía y la ropa blanca de la novia, y cuarenta mulas conducían su platería de toileta y sus perfumes. El cortejo ocupaba una extensión de seis leguas.

Los edificios alzados sobre la isla de los Faisanes ocupaban trescientos pies de largo; la sala de las conferencias, la mayor de todas tenía cincuenta y seis; estas habitaciones estaban adornadas con bellos tapices representando las batallas de Escipión y de Aníbal, escenas. tomadas de las Metamorfosis de Ovidio, del Apocalipsis y de otros motivos sagrados y profanos; las que representaban el Amor y Psiquis ocupaban ellas solas veintidós tapices. Hemos visto varias estampas antiguas representando la isla de la Conferencia y los. bordes del Bidasoa; hasta se acuñaron medallas con motivo de la entrevista de los dos reyes. Durante dos meses se sucedieron las fiestas más brillantes: cabalgatas, torneos, paseos por el Bidasoa en barcas doradas y al son de los instrumentos. El gran pintor Velázquez, cuyas funciones de *aposentador* (3) llamaban a tomar parte en la organización de esas fiestas, desempeñó un papel de los más importantes; desgraciadamente, poco después de su regreso a Madrid, fué presa de la enfermedad que le llevó en varios días.

Cruzado el Bidasoa, estamos en Hendaya, territorio francés, y decimos adiós, no sin pena, a esa «dura tierra de Iberia» (6), dura *tellus Iberiæ* (3), último refugio de lo pintoresco en Europa.

«Martín de ANGUIOZAR» traduxit.